

Stanley G. Payne

El fascismo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Fascism: Comparison and Definition*
Traducción de Fernando Santos Fontenla

Primera edición: 1992
Tercera edición: 2014
Cuarta reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Alianza Editorial
Ilustración de cubierta: Benito Mussolini arengando a los reclutas de la quinta de 1911
© Album / Universal History Archive / Universal Images Group.
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1980 Stanley G. Payne
© de la traducción: Fernando Santos Fontenla
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1992, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8330-0
Depósito legal: M-31.011-2013
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Prefacio
11	1. ¿Qué significa el término «fascismo»?
35	2. Algunos antecedentes históricos del nacionalismo autoritario en Europa
60	3. Los movimientos fascista y nacionalsocialista
92	4. Los regímenes de Mussolini y de Hitler
137	5. Otros movimientos y regímenes
176	6. Supervivencias postfascistas: España y Portugal
203	7. ¿Fascismo fuera de Europa?
222	8. Teorías del fascismo
238	9. El fascismo genérico: una conclusión
267	Notas
315	Bibliografía

Prefacio

Este libro no pretende dar otra descripción del fascismo, sino enfrentarse con algunos problemas básicos de definición y comparación. La bibliografía general sobre el fascismo es extensa, especialmente en lo que respecta a Alemania e Italia, y existen varias obras que aportan descripciones de los principales movimientos fascistas. Pero lo que falta en esas obras es un examen sistemático, por breve que sea, en el cual se trata de definir características y establecer distinciones sobre una amplia base comparativa. Esa empresa es la que se intenta con este libro. Por lo tanto, el presente estudio no se ha ideado como una historia del fascismo en plan de cajón de sastre para el estudiante que se inicia, si bien espero que con el uso de otras obras que se indican en la bibliografía lo puedan leer de forma provechosa los estudiosos del fascismo de todos los niveles.

Es lógico y natural que el estudio y el comentario de los movimientos de tipo fascista hayan generado tanto

calor como luz. Resulta difícil contemplar con distanciamiento científico unas fuerzas que promovieron un desastre histórico a escala mundial, pero en este análisis he tratado de separarme, en toda la medida de lo posible, de las emociones políticas y de las moralizaciones superficiales.

Tengo una gran deuda con algunos de mis amigos y colegas de estudios sobre el fascismo, especialmente con George L. Mosse, A. J. Gregor y Juan J. Linz, aunque naturalmente no estemos de acuerdo en cada una de nuestras interpretaciones. También debo agradecimiento a Mary Maraniss, de la University of Wisconsin Press, que por segunda vez en muy pocos años se ha encargado de la preparación editorial de mi libro con gran destreza y diligente discreción.

S.G.P.

Madison, Wisconsin

Marzo de 1979

1. ¿Qué significa el término «fascismo»?

El desastre sin precedentes de la Primera Guerra Mundial barrió una gran parte de la base del liberalismo decimonónico e inició una era de revolución y de conflicto político más intensos, de lo que jamás había habido antes ni ha habido después. Una de las principales fuerzas revolucionarias, el comunismo ruso, procedía directamente de la teoría marxista europea y revolucionaria rusa del siglo XIX. La otra gran fuerza radical nueva desencadenada por la Primera Guerra Mundial, el fascismo, era más nueva y más original, pues fue un producto directo de la propia guerra. Antes de 1919 no existían un partido fascista ni una doctrina fascista como tales. Sin embargo, el comunismo se vio rechazado en general por la izquierda europea, y durante toda la generación siguiente se limitó, como régimen, a Rusia. El fascismo italiano¹, fundado en 1919, se vio seguido de imitaciones y paralelismos o por movimientos un tanto análogos en

muchos otros países europeos. El fascismo se hizo con una gran parte del poder en Italia a partir de 1922, y un decenio después lo siguió el nazismo alemán. Hubo fuerzas poderosas de carácter aparentemente similar que adquirieron impulso en la Europa centrooriental y en España en el decenio de 1930, de tal modo que muchos historiadores califican a toda la generación anterior a la Segunda Guerra Mundial como la era fascista en Europa. Pero la extensión de este adjetivo a la descripción de todo un período de la historia de Europa ha introducido tanta confusión como claridad o comprensión, pues lo que el concepto ha ganado en amplitud lo ha perdido rápidamente en precisión.

Es probable que el término «fascismo» sea el más vago de los términos políticos contemporáneos. Quizá se deba a que la palabra en sí no contiene ninguna referencia política implícita, por vaga que sea, como las que contienen los términos democracia, liberalismo, socialismo y comunismo. El decir que el *fascio* italiano (lat. *fasces*, fr. *faisceau*, esp. *Haz*) significa eso, un «haz» o una «unión», no nos dice mucho. Parece que algunas de las definiciones coloquiales más comunes del término son las de «violento», «brutal» y «dictatorial»; pero si fueron esos los puntos primarios de referencia, probablemente habría que calificar a los regímenes comunistas de los más fascistas. La cuestión de la definición creó problemas a los fundadores del fascismo italiano desde un principio, pues no elaboraron un conjunto codificado oficial de doctrinas sino *ex post facto*, unos años después de la llegada de Mussolini al poder, e incluso entonces sólo en parte. El problema se ve complicado por el hecho de que

1. ¿Qué significa el término «fascismo»?

mientras casi todos los partidos y regímenes comunistas prefieren llamarse comunistas, la mayor parte de los movimientos políticos de la Europa de entreguerras a los que se suele calificar de fascistas no utilizaban, de hecho, ese nombre al hablar de sí mismos. Los problemas de definición y clasificación que surgen son tan graves que no es sorprendente que algunos estudiosos prefieran dar a los movimientos fascistas putativos sus nombres individuales específicos, sin aplicarles el adjetivo clasificador. Otros llegan incluso a negar que exista el fenómeno general del fascismo europeo, como cosa distinta del fascismo italiano de Mussolini.

Si se ha de estudiar el fascismo, primero hay que identificarlo, y es dudoso que pueda hacerse en ausencia de algún tipo de definición de trabajo. Esa definición, o mejor dicho, descripción, debe derivarse de un estudio empírico de los movimientos europeos de entreguerras. Naturalmente, debe tratarse hasta cierto punto de una construcción o abstracción teórica, pues no es forzoso hallar que un solo movimiento del grupo en observación haya anunciado un programa o se haya definido a sí mismo en los términos exactos de esta descripción. Y esa definición hipotética tampoco implicaría en absoluto que cada uno de los objetivos y de las características identificados fueran necesariamente exclusivos de los movimientos fascistas, pues la mayor parte de esos aspectos podrían encontrarse en una o más especies distintas de movimientos políticos. El argumento sería más bien que, «tomada como un todo», la definición describiría lo que todos los movimientos fascistas tenían en común, sin tratar de describir las características exclusivas

de cada grupo. Por último, y por razones que se comentarán más adelante, la definición podría referirse sólo a los movimientos fascistas europeos de entreguerras, y no a una categoría supuesta de regímenes o sistemas fascistas.

Toda definición de las características comunes de los movimientos fascistas debe utilizarse con mucha cautela, pues los movimientos fascistas diferían entre sí en tantos aspectos como características nuevas y notables tenían en común. Por eso es útil un inventario general de sus características distintivas, no como definición cabal y completa de esos movimientos en y por sí mismos, sino únicamente como indicación de las principales características que compartían y que los distinguen (en la mayor parte de los aspectos, pero no de forma absoluta) de otros tipos de fuerzas políticas.

Cabe ilustrar los problemas que entraña el llegar a una serie inductiva de características mediante una referencia a la tentativa anterior más tajante de establecer una definición por criterios del fascismo genérico: el «mínimo fascista» de seis puntos postulado por Ernst Nolte². Consiste en un conjunto de negativas, un aspecto central de organización, una doctrina del caudillaje y un objetivo estructural básico, expresados como sigue:

- antimarxismo
- antiliberalismo
- anticonservadurismo
- el principio del caudillaje
- un ejército del partido
- el objetivo del totalitarismo.

1. ¿Qué significa el término «fascismo»?

Esta tipología establece correctamente las negaciones fascistas, pero postula tres características primarias derivadas especialmente del nacionalsocialismo alemán que en una formulación tan simple no se pueden correlacionar con otras variedades de una especie política más amplia³.

Las características comunes de los movimientos fascistas se referían a un conjunto nuevo de negaciones comunes, a aspectos de un nuevo estilo formal, a formas algo nuevas de organización y, en diversos modos o grados, a una nueva orientación en materia de cultura e ideología políticas, aunque siempre con diferencias muy fundamentales en el carácter específico de esas formas e ideas nuevas. Así, para llegar a una definición por criterios aplicable a todos los movimientos fascistas de entreguerras *strictu sensu*, parece oportuno identificar: a) las negaciones fascistas; b) los puntos comunes en materia de ideología y objetivos, y c) las características especiales comunes de estilo y organización⁴.

La tipología descriptiva del cuadro 1 se sugiere únicamente como un mecanismo analítico de alcance limitado para una definición comparada. No aspira a establecer una categoría rígidamente reificada, sino una definición flexible de espectro amplio que sirva para identificar varios movimientos supuestamente fascistas, y al mismo tiempo para separarlos de otros tipos de movimientos revolucionarios o nacionalistas. Así, cabría entender que cada movimiento poseía además otras creencias, características y objetivos que consideraba muy importantes y que no contradecían las características comunes, sino que sencillamente se añadían a éstas o iban más allá que ellas.

CUADRO 1. Descripción tipológica del fascismo

A. *Las negaciones fascistas:*

- Antiliberalismo
- Anticomunismo
- Anticonservadurismo (aunque en el entendimiento de que los grupos fascistas estaban dispuestos a concertar alianzas temporales con grupos de cualquier otro sector, por lo general con la derecha).

B. *Ideología y objetivos:*

- Creación de un nuevo Estado nacionalista autoritario, no basado únicamente en principios ni modelos tradicionales.
- Organización de algún tipo nuevo de estructura económica nacional integrada, regulada y pluriclasista, se llamara nacionalcorporativa, nacionalsocialista o nacionalsindicalista.
- El objetivo del imperio o de un cambio radical en la relación de la nación con otras potencias.
- Defensa específica de un credo idealista y voluntarista, que normalmente implicaba una tentativa de realizar una nueva forma de cultura secular, moderna y autodeterminada.

C. *Estilo y organización:*

- Importancia de la estructura estética de los mítines, los símbolos y la coreografía política, con insistencia en los aspectos románticos y místicos.
- Tentativa de movilización de las masas, con militarización de las relaciones y el estilo políticos y con el objetivo de una milicia de masas del partido.
- Evaluación positiva y uso de la violencia, o disposición al uso de ésta. Extrema insistencia en el principio masculino y la dominación masculina, al mismo tiempo que se defendía la visión orgánica de la sociedad.
- Exaltación de la juventud sobre las otras fases de la vida, con hincapié en el conflicto entre generaciones, por lo menos al efectuar la transformación política inicial.
- Tendencia específica a un estilo de mando personal, autoritario y carismático, tanto si al principio el mando es en cierta medida electivo como si no lo es.

1. ¿Qué significa el término «fascismo»?

El término «fascista» no se utiliza sólo porque sea el convencional, sino porque el movimiento italiano fue la primera fuerza considerable que exhibió esas características (o por lo menos casi todas ellas) como un nuevo tipo, y durante mucho tiempo fue el más influyente ideológicamente. Constituyó el tipo cuyas ideas y cuyos objetivos era más fácil generalizar, especialmente en comparación con el nacionalsocialismo.

La naturaleza de las negaciones fascistas parece bastante clara. Como «últimos llegados» (en frase de Linz), los movimientos nacionalistas radicales de la primera postguerra mundial a los que llamamos fascistas tenían que abrirse un espacio político e ideológico nuevo, y fueron excepcionales en su hostilidad a todas las grandes corrientes establecidas, de izquierda, de derecha y de centro. Sin embargo, esta actitud básica se veía complicada por la necesidad de encontrar aliados políticos en la campaña por lograr el poder. Como esos movimientos surgieron sobre todo en países con sistemas parlamentarios establecidos, y a veces se apoyaban desproporcionadamente en las clases medias, no podían tratar en absoluto de llegar al poder mediante una guerra civil revolucionaria, como hicieron los regímenes leninistas puros. Aunque los fascistas de Italia y Rumanía establecieron alianzas tácticas efímeras con el centro-derecha (y en Portugal con la izquierda anarquista), sus aliados solían encontrarse en la derecha, en especial en la derecha autoritaria radical, y el fascismo italiano como entidad semicoherente se definió en parte por su fusión con uno de los más radicales de todos los movimientos de la derecha autoritaria europea, la Asociación Nacionalista Italiana

(ANI). Esas alianzas exigían a veces concesiones tácticas, estructurales y programáticas. Los dos únicos dirigentes fascistas que llegaron de forma efectiva al poder, Hitler y Mussolini, comenzaron sus gobiernos con coaliciones multipartidistas, y Mussolini, pese a la creación subsiguiente de un Estado oficialmente unipartidista, jamás escapó del todo a la componenda pluralista con la que había empezado. Además, como las doctrinas de la derecha autoritaria solían ser más precisas, más claras y mejor articuladas –y a menudo más prácticas– que las de los fascistas, su capacidad de influencia ideológica y programática era considerable. Sin embargo, las ideas y los objetivos de los fascistas diferían en varios aspectos fundamentales de los de la nueva derecha autoritaria (como se comentará de forma detallada más adelante), y se mantuvo firmemente la intención de trascender el conservadurismo derechista, así como el liberalismo y el marxismo, aunque no siempre se realizara con claridad en la práctica.

Gran parte de la confusión y de la ambigüedad que rodean a la interpretación de los movimientos fascistas se debe al hecho de que en muy pocas ocasiones lograron pasar a la fase de participación en el gobierno, y Alemania fue el único caso en que un régimen en el poder puso en práctica todo el contenido de una doctrina fascista, en la forma de su variante más radical. Por eso resulta difícil generalizar acerca de los sistemas fascistas o de la doctrina fascista del Estado, pues incluso en la variante italiana hubo importantes componendas. Lo único que cabe establecer con claridad es que las aspiraciones fascistas acerca del Estado eran exclusivamente suyas, porque no se limitaban a la doctrina autoritaria tradicional, como la

1. ¿Qué significa el término «fascismo»?

monarquía o el corporativismo, sino que planteaban un nuevo sistema secular radical, normalmente republicano y autoritario. Pero no parece justificado especificar el objetivo del pleno totalitarismo, como hace Nolte, pues, al revés que el leninismo, los movimientos fascistas nunca proyectaron una teoría del Estado con una centralización y una burocratización suficientes para hacer posible un totalitarismo absoluto. De este problema se tratará con más detalle en los capítulos siguientes.

Ningún aspecto está menos claro en las doctrinas de la mayor parte de los movimientos fascistas que el de la estructura y los objetivos económicos. El convertir al fascismo en sinónimo de corporativismo es evidentemente incorrecto, pues sólo una minoría de los fascistas italianos eran partidarios del corporativismo antes de la transacción de Mussolini con la monarquía y la fusión con los nacionalistas. Lo que es más importante, la forma más radical y desarrollada del fascismo, el nacionalsocialismo alemán, rechazaba explícitamente el corporativismo formal (debido en parte a su pluralismo). A la inversa, la tesis frecuente entre los autores marxistas de que el objetivo de los movimientos fascistas era impedir cambios económicos en las relaciones de clase no se ve corroborada por los propios movimientos; pero como ningún movimiento fascista llegó a terminar por completo la elaboración de un sistema económico propio, la cuestión resulta teórica. Lo que sí tenían en común los movimientos fascistas era el objetivo de una estructura y una relación funcional nuevas de los sistemas sociales y económicos, en las que se eliminara la autonomía (o, en algunas propuestas, la existencia) del gran capitalismo, se

modificara el carácter de la condición social y se creara una nueva relación de producción comunitaria o recíproca. A esto se le daba toda una variedad de nombres, y lo más frecuente era que se dejara sin aclarar su articulación precisa.

Se dice que el fascismo era imperialista por definición, pero esto no queda totalmente claro si se hace una lectura comparada de los programas de los diversos movimientos fascistas. La mayoría eran, efectivamente, imperialistas, pero parece que todos los tipos de movimientos y sistemas políticos han producido políticas imperialistas, mientras que varios movimientos fascistas estaban poco interesados en nuevas ambiciones imperiales, o incluso las rechazaban. Todos ellos, no obstante, aspiraban a un nuevo orden en las relaciones exteriores, a una nueva relación o conjunto de alianzas con respecto a los estados y las fuerzas contemporáneas y a que su nación tuviera una posición nueva en Europa y en el mundo.

La ideología y la cultura fascistas merecen más atención de la que reciben normalmente, pues la doctrina fascista, igual que todas las demás, se derivaba de ideas, y las ideas de los fascistas tenían claras bases filosóficas y culturales, pese a frecuentes afirmaciones en contra. A menudo se dice que las ideas filosóficas fascistas derivaban de la oposición a la Ilustración o a las «ideas de 1789», cuando de hecho son un producto directo de aspectos de la Ilustración, y derivaban directamente de los aspectos modernos, seculares y prometeicos del siglo XVIII. Es probable que la divergencia esencial de las ideas fascistas respecto de determinados aspectos de la cultura moderna se halle más exactamente en el antimaterialismo del fascismo, y

1. ¿Qué significa el término «fascismo»?

en la importancia que atribuía al vitalismo y al idealismo filosóficos y a la metafísica de la voluntad. La cultura fascista, al revés que la de la derecha, era secular en la mayoría de los casos, pero al contrario de la de la izquierda y hasta cierto punto la de los liberales, se basaba en el idealismo y el vitalismo y en el rechazo del determinismo económico, tanto el de Manchester como el de Marx. El objetivo del idealismo y el vitalismo metafísicos era la creación de un hombre nuevo, un nuevo estilo de cultura que lograra la excelencia tanto física como artística y que ensalzara el valor, la osadía y la superación de los límites anteriormente establecidos mediante el desarrollo de una cultura nueva y superior que comprometiera al hombre entero. Los fascistas esperaban recuperar el verdadero sentido de lo natural y de la naturaleza humana –idea básicamente dieciochesca– en un plano más elevado y más firme de lo que había logrado hasta entonces la cultura reduccionista del materialismo moderno y del egotismo prudencial. El hombre libre natural, cuya voluntad y determinación estuvieran desarrolladas, podría reevaluarse e ir más allá de sí mismo, y no titubearía en sacrificarse en aras de esos ideales. Esas formulaciones modernas rechazaban el materialismo del siglo XIX, pero no representaban nada que pudiera calificarse de vuelta a los valores morales y espirituales tradicionales del mundo occidental antes del siglo XVIII. Representaban una tentativa específica de alcanzar una forma moderna, normalmente atea, de transcendencia, y no, como dice Nolte, una «resistencia a la transcendencia».

Muchos observadores se sintieron impresionados por el ambiente novedoso de los mítines fascistas en los de-

cenios de 1920 y 1930. Todos los movimientos de masas emplean símbolos y diversos efectos emotivos, y quizá fuera difícil establecer que la estructura simbólica de los mítines fascistas era completamente diferente de la de otros grupos revolucionarios. Pero lo que sí parecía claramente distinto era el gran hincapié que se hacía en mítines, marchas, símbolos visuales y rituales ceremoniales o litúrgicos, a los que en la actividad fascista se les daban un papel central y una función que iba más allá de lo que ocurría en los movimientos revolucionarios de izquierda. Con ello se trataba de envolver al participante en una mística y en una comunidad de ritual que apelaban al factor religioso, además de al meramente político.

En su mayor parte, los movimientos fascistas no lograron movilizar verdaderamente a las masas, pero sin embargo resulta característico que fuera ése su objetivo, pues siempre trataron de trascender el carácter de camarilla parlamentaria elitista de los grupos liberales poco movilizados, o el mero exclusivismo sectario y el recurso a la manipulación elitista que se solía encontrar en la derecha autoritaria. Junto a la campaña de movilización de las masas se daba uno de los rasgos más característicos del fascismo: su tentativa de militarizar la política en una medida sin precedentes. Para ello se hacía que los grupos de milicias fueran algo central en la organización del movimiento y se utilizaban insignias y terminología militares a fin de reforzar el sentimiento de nacionalismo y de combate constante. Las milicias de partido no las inventaron los fascistas, sino la extrema izquierda y la derecha radical (por ejemplo, la Action Française), y en un país como España, los «movimientos de camisas» predo-

1. ¿Qué significa el término «fascismo»?

minantes que practicaban la violencia callejera eran los de la izquierda revolucionaria. Sin embargo, la oleada inicial del fascismo centroeuropeo se basó desproporcionadamente en excombatientes de la Primera Guerra Mundial y en su *ethos* militar. En general, la milicia del partido desempeñó un papel mayor, y se desarrolló en mayor grado, entre los fascistas que entre los grupos de izquierdas.

Esto guardaba relación con la evaluación positiva de la violencia y la lucha que se hacía en la doctrina fascista. Todos los movimientos revolucionarios de masas han iniciado y practicado la violencia en mayor o menor medida, y probablemente sea imposible llevar la violencia a mayores extremos de lo que lo han hecho algunos regímenes leninistas, que han practicado, como decía uno de los viejos bolcheviques, la «compulsión infinita». El único rasgo excepcional de la relación fascista con la violencia era la evaluación teórica que hacían algunos movimientos fascistas: la violencia poseía un cierto valor positivo y terapéutico en y por sí misma, y una cierta cantidad de combate violento constante, en el sentido del darwinismo social de fines del siglo XIX, era necesaria para la buena salud de la sociedad nacional.

Esto, a su vez, guardaba relación con otra característica fundamental: la insistencia en lo que se califica actualmente de «chauvinismo masculino» y la tendencia a exagerar el principio masculino en todos los aspectos de su actividad. En la era del fascismo, todas las fuerzas políticas europeas estaban abrumadoramente dirigidas e integradas por hombres, y quienes hablaban de la igualdad de la mujer de labios para afuera, de hecho sentían muy

poco interés por ella. Pero los fascistas fueron los únicos que transformaron en fetiche perpetuo la «virilidad» de su movimiento y su programa y estilo, lo cual sin duda se debía en gran medida al concepto fascista de la militarización de la política y a la necesidad de un combate constante. Al igual que los grupos derechistas y algunos de la izquierda, el concepto fascista de la sociedad era orgánico⁵; pero en esa relación debían predominar los derechos del varón. Ningún otro tipo de movimiento manifestaba un horror tan completo a la más leve sugerencia de androginia.

Casi todos los movimientos revolucionarios hacen un llamamiento especial a los jóvenes y recurren desproporcionadamente a los activistas jóvenes. En el decenio de 1920 incluso los partidos parlamentarios moderados habían empezado a formar sus propias secciones juveniles. Pero la exaltación fascista de la juventud era excepcional, porque no sólo le hacía un llamamiento especial, sino que además exaltaba a la juventud por encima de las demás generaciones sin excepción, y en mayor medida que ninguna otra fuerza se basaba en el conflicto entre generaciones. Sin duda, ello se debía en parte a lo reciente que era el fascismo y a la identificación de las fuerzas establecidas, comprendida gran parte de la izquierda, con dirigentes y miembros de la generación mayor, procedente de la preguerra. También se debía en parte al concepto orgánico de la nación y de la juventud como su nueva fuerza vital, y al predominio de la juventud en la lucha y la militarización. El culto fascista de la osadía, la acción y la voluntad de un nuevo ideal, sintonizaba inherentemente con la juventud, que podía responder de

1. ¿Qué significa el término «fascismo»?

una forma que resultaba imposible a públicos más viejos, más débiles y más experimentados y prudentes, o más materialistas.

Por último, podemos convenir con Pareto y Michels en que casi todos los partidos y movimientos dependen de élites y de líderes para su funcionamiento; pero algunos lo reconocen de forma más explícita y llevan la idea a mayores extremos. Es evidente que la jefatura fuerte y autoritaria, y el culto de la personalidad del jefe, no se limitan a los movimientos fascistas, y ni siquiera es cierto que todos los movimientos fascistas consagraran, como sugiere Nolte, el *Führerprinzip* de un solo jefe todopoderoso. La mayor parte de los movimientos fascistas empezaron basándose en una jefatura elegida —elegida al menos por la élite del partido—, y así ocurrió incluso con los nacionalsocialistas. La versión española del *Führerprinzip*, la teoría y la práctica del caudillaje, la introdujo la derecha nacionalista en la persona de Franco y se les impuso a los fascistas. Pero existía una tendencia general a exaltar la función de la jefatura, la jerarquía y la subordinación, a mostrar deferencia ante la función creadora de la jefatura, más que ante la ideología precedente o una línea burocratizada de partido.

Tres caras del nacionalismo autoritario

El análisis comparado de los movimientos de tipo fascista se ha visto complicado, y muchas veces enturbiado, por una tendencia común a identificar a estos movimientos con formas más conservadoras y derechistas de nacionalismo autoritario en el período de entreguerras y después de éste.